

Ola de cambio en el mundo islámico Revuelta popular en el Magreb

INTERNACIONAL

Los marroquíes piden en la calle reformas al rey

Miles de manifestantes denuncian los negocios de la familia real • En Tánger y Marrakech se registraron disturbios

IGNACIO CEMBRERO
Rabat

Los vientos de cambio que soplan desde hace dos meses sobre el mundo árabe llegaron ayer a Marruecos. Su empuje puede ser medido no tanto por el número de participantes, escaso en varias ciudades, como por la osadía de las pancartas y de los eslóganes coreados por la muchedumbre, que embestían contra el entorno del rey Mohamed VI pero no arremetieron contra su persona.

"*Majidi dégage!*" (¡Majidi largate!) gritaba, por ejemplo, la multitud en francés adaptando a la realidad marroquí el eslogan coreado por los tunecinos contra el presidente Ben Ali justo antes de que huyese de su país. Mounir Majidi es el secretario particular del rey Mohamed VI y entre sus tareas figura el administrar la fortuna de la familia real. "¡Dictadura largate!", "¡No a las instituciones ilegítimas!" y "¡PAM disolución", vociferaba también la muchedumbre aludiendo al partido político Autenticidad y Modernidad, fundado por Fouad Ali el Himma, íntimo amigo del soberano. Pese a estar recién creado, ganó las municipales de junio de 2009.

"*SNI ONA out*", rezaban en inglés varias pancartas exhibidas por los manifestantes refiriéndose a los dos consorcios empresariales controlados por la monarquía. "¡El pueblo rechaza una Constitución hecha para los esclavos!", "¡Constitución democrática!" fueron dos de las frases más repetidas. El artículo 19 de la Constitución marroquí otorga un poder casi absoluto al rey.

No hubo, sin embargo, ningún ataque directo contra el monarca, del que Ahmed, un joven, dijo "es-

peraba que reanude la senda reformista que emprendió hace una década y que paró bruscamente". Cuando un transeúnte quiso incorporarse a la manifestación con el retrato de Mohamed VI fue expulsado por la fuerza, según comprobó este corresponsal.

Unas 15.000 personas tomaron el centro de Rabat, según los organizadores, y 2.000, según la agencia de prensa oficial marroquí MAP, para exigir reformas y una Constitución democrática y no para formular reivindicaciones sociales. Estimaciones de la prensa independiente marroquí calculan que fueron unos 8.000.

El centro de las demás ciudades del país fue también recorrido por cortejos de protesta integrados por unos pocos miles de manifestantes, como en Casablanca, Oujda, Tánger, y Agadir, o solo por unos centenares como en Kenitra, o Errachidia. En al menos tres lugares, Marrakech, Larache y, sobre todo, Tánger se produjeron enfrentamientos con los antidisturbios. En Alhucemas, los manifestantes quemaron una comisaría y la sede del PAM.

La protesta había sido convocada por jóvenes en Facebook, pero contaba con la adhesión de varias ONG de derechos humanos, de pequeños partidos de izquierda, de las bases de algunos sindicatos y de las juventudes del movimiento islamista Justicia y Espiritualidad, ilegal, pero que goza de cierta tolerancia y posee una gran capacidad de movilización.

Las manifestaciones de Rabat y Casablanca, las dos mayores ciudades, transcurrieron sin ningún incidente. Apenas había agentes uniformados durante el recorrido. Los antidisturbios se mantuvieron alejados. Cuando



Manifestantes en la plaza de Bab Alhad, en Rabat. / ULY MARTÍN

la muchedumbre llegó ante las verjas del Parlamento, cuya disolución reclamaron a gritos, solo había un par de policías ante el edificio. El cortejo era una mezcla heterogénea de jóvenes —algunos de ellos militantes socialistas cuyo partido rechazó partici-

par—, veteranos luchadores en defensa de los derechos humanos, militantes de grupos izquierdistas minoritarios, del multimillonario liberal Miloud Chaabi, y, en la cola, de las juventudes de Justicia y Espiritualidad que caminaban de manera más ordenada que los demás. No exhibieron ningún símbolo religioso.

En Marruecos se producen con frecuencia, desde hace años, protestas sociales, pero hay que remontarse a los tiempos de Hassan II, que falleció en 1999, para recordar una movilización tan marcadamente política y coordinada entre al menos dos decenas de ciudades.

Mohamed VI en la hora del cambio

ANÁLISIS

Javier Valenzuela

Tienen razón los manifestantes de ayer en Rabat y Casablanca: su país necesita más democracia. Marruecos no es tan opresivo como el Túnez de Zin el Abidine Ben Ali, la Libia de Moamar Gadafi o la Siria de Bashar Assad, pero puede y debe ofrecer a sus habitantes más libertades y derechos, esto es, debe verlos y tratarlos de una vez por todas como ciudadanos y no como súbditos. Mohamed VI inició su reinado con alertadores síntomas de apertura política, pero este impulso se agotó pronto, como si el rey hubiera decidido confiar su porvenir a un puñado de tecnócratas formados en escuelas de negocios ultracapitalistas. Muy peligroso. Ahora que el viento de la revolución

democrática sopla en el mundo árabe, parece llegada la hora de que Mohamed VI vuelva a hacer política y, por supuesto, en sentido reformista.

Entre los pueblos del norte de África y Oriente Próximo, Marruecos es, ciertamente, un caso aún más especial. Nunca perteneció al imperio otomano, constituyó un reino independiente en el extremo occidental de la *umma*, cuyo titular aunaba, y aún, el poder político y el religioso. Hoy conserva mucho de lo mejor de su patrimonio y tradiciones, y la agricultura, con su población menos ilustrada y más servil, tiene allí un gran peso. Pero al Marruecos contemporáneo no le faltan cosas en común con Túnez y Egipto: una juventud mayoritaria y de vitalismo frustrado, un sistema que está lejos de ser aceptablemente democrático, una corrupción que gangrena la esfera pú-

blica, un poder que trata a la gente de modo humillante y un reparto escandalosamente desigual de la riqueza.

¿Qué puede hacer España? Por razones de vecindad e historia, Marruecos concentra seculares sentimientos de morofobia e islamofobia de buena parte de la opinión pública española, agravados en las últimas décadas por la emocionalidad con que se vive aquí el contencioso saharauí. No obstante, José Luis Rodríguez Zapatero hizo bien al reconciliarse con el vecino del sur tras el belicoso período de José María Aznar: sostener una buena relación con Marruecos es un interés estratégico nacional. Ahora bien, ¿con qué Marruecos? El que, sin duda, garantizaría más estabilidad y prosperidad a la relación bilateral sería uno democrático y con un sistema de protección social que amortiguara los desequi-

libros sociales, un Estado de derecho descentralizado que hiciera verosímil la oferta de autonomía para el Sáhara Occidental. En definitiva, el Marruecos de "libertad, dignidad y justicia" que reclamaban ayer los manifestantes de Rabat y Casablanca.

Satisfechos con la lucha conjunta contra el yihadismo y la inmigración ilegal y con la desdramatización de las querrelas territoriales, Zapatero y sus ministros de Exteriores no parecen haberle insistido demasiado a Mohamed VI para que caminara sin pausa por el camino de las reformas políticas.

La susceptibilidad enfermiza de las autoridades marroquíes es notoria, pero desde la amistad cabía, y cabe, decirles algunas cosas. Por ejemplo, que nadie, ni tan siquiera los manifestantes de ayer, está pidiendo una ruptura en Marruecos, sino una transición a la española. Que la mejor garantía de supervivencia de los alauíes es su conversión en monarcas constitucionales. Y que el momento para empezar a hacerlo es ahora.